

ESPECTACULOS

TEATRO VARIEDADES
CINE JAZZ
MUSICA BALLET

Oportunidad para gente nueva

LA ORQUESTA (L'orchestre). Un acto de Jean Anouilh. Traducción de Lidia de Lodrón. Dirección, Villanueva Cosse. Escenografía y vestuario, Carmen Prieto. Selección musical, Enrique Almada y Mauricio Romanoff. Intérpretes: Norma Quijano, Chela Meneses, Amalia Lons, Olga Cerviño, Raquel Seoane, Gudrun Brendel, Roberto Malinow, Júver Salcedo.

EL SUEÑO AMERICANO. (The American Dream). Un acto de Edward Albee. Traducción de Alberto Paredes. Dirección, Jorge Musto. Escenografía, vestuario y utilería, Carlos Pieri. Intérpretes: Estela Texeira, Raúl Pazos, María Elena Goitiño, Norma Mautone, Raúl Cabrera.

Ambas obras estrenadas en un doble programa por El Galpón, sábado 5.

No es mala la idea de juntar en un mismo programa la sátira tradicional del francés Jean Anouilh y la vanguardista del norteamericano Edward Albee. Ambos dramaturgos tienen muchas cosas de común, a pesar de estar separados por los estilos, las nacionalidades y hasta las edades (Anouilh es de 1910, Albee es de 1928). Lo que sobre todo tienen de común es un inconformismo para aceptar los valores mentirosos de la burguesía, un rechazo que se levanta hasta la cólera y la denuncia. En el caso de Anouilh la más salvaje caricatura de los sueños de amor y cursilería de una orquestita predominantemente femenina de una estación de aguas, sirve para desatar un catálogo de mezquindades, odios y sarcasmos. La obra de Albee también odia al conformismo norteamericano que ha convertido una de las naciones más grandes de la historia en una fábrica de consumidores.

Hasta aquí las semejanzas y el acierto de juntar sus textos en el mismo programa. Porque estéticamente las obras plantean problemas tan distintos que es imposible encararlas al mismo tiempo. La pieza de Anouilh exige un estilo ya conocido en estas tierras: una aceleración caricaturesca del naturalismo, una acentuación de los rasgos, de los perfiles, de la entonación, del discurso, del gesto. El Galpón tiene antecedentes en la materia, algunos muy buenos. De modo que a pesar de ser la primera vez que Villanueva Cosse asume públicamente las funciones de director y que además lo hace con un elenco en parte compuesto de novatos (sólo Olga Cerviño y Amalia Lons han hecho papeles de responsabilidad antes), su versión de *La orquesta* resulta satisfactoria.

No es una gran versión, sin duda, pero es digna, tiene brío y comunica con precisión muchas de las cosas que quiere decir Anouilh. Está felizmente dada del punto de vista plástico, va creciendo y desatándose a medida que el humor negrísimo de Anouilh termina por soltarse el pelo. Sigue los vericuetos de un resentimiento teatral que no tiene parangón sino con el de Roberto Arlt, aunque Anouilh tiene infinitamente más astucia. Lo que Villanueva Cosse consigue es dinamizar adecuadamente a las marionetas del autor francés. Lo que no consigue es convertirlas, en los momentos más trágicos del grotesco, en figuras realmente patéticas. Tal vez no lo consiga el propio Anouilh. Pero sin esa transformación de los títeres en desgarrados seres de carne y hueso no se cumple del todo con la obra. Cuando la ridícula solterona que se ha entregado al adúltero pianista comprende que ha sido engañada por la debilidad de su amante, todo tiene que ocurrir no sólo



en un fortísimo de escándalo; tiene que escindir de arriba a abajo la superficie cómica de la pieza y mostrar el dolor que esconde. En la versión de El Galpón esto no ocurre. Aún así, la pieza resulta muy eficazmente dada.

No es el caso de *El sueño americano*. Aquí se encuentra el elenco de El Galpón con un problema general; el estilo de Albee está muy lejos de lo que acostumbra a hacer esta institución. Lo más cerca que han estado es Andorra, de Max Frisch. Pero aún Andorra parece naturalista al lado de esta vanguardia que se instala en el corazón mismo del absurdo y la alegoría (Ionesco, Beckett, Adamov en su primera época) para insultar sin pausa a la sociedad norteamericana. El estilo es el hueso más duro que tuvo que roer el director de la pieza, Jorge Musto. Aunque consiguió un decorado admirable de Carlos Pieri (una suerte de parodia del impresionismo abstracto de tantos pintores norteamericanos de hoy), aunque se ve que trabajó hasta el menor gesto, le falta la madurez necesaria para lograr de un elenco en buena parte bisono, una versión adecuada.

Albee escribe con una violencia sólo comparable a la de otro compatriota, Arthur Kopit. Es una violencia típicamente verbal que hace aparecer a los vanguardistas europeos (a pesar de sus ocasionales obscenidades) unas viejas timoratas. Esa violencia requiere un estilo de gran tensión interior y una fuerza muy particular para dejar caer las frases. En *El cuento del zoológico*, Antonio Larreta supo transcribir a la medida latina ese estilo de decir. Pero *El sueño americano* es aún más abstracto por lo que requiere una dosis mayor de tensión interior. El elenco de El Galpón no la consiguió casi nunca, aunque María Elena Goitiño en el papel de la abuela estuvo a ratos cerca de ella. Su papel, sin embargo, resultó irregularmente diseñado.

Además, la traducción es tan pero tan mala que impide entender adecuadamente

lo que quiere decir Albee. Como pasa en Ionesco, buena parte de la sátira de Albee está dirigida a las frases hechas con que hablan sus personajes. No es posible traducir literalmente esas frases porque al pasar de idioma pierden su significado. Hay un momento en que la abuela cuenta lo que ocurrió al hijo que adoptaron Mamita y Papito y dice (literalmente) que no tenía cabeza sobre sus hombros, que no tenía entrañas, que no tenía espina dorsal, que sus pies eran de barro. De todas esas frases hechas sólo la primera y la última se pueden traducir literalmente. Pero no tener entrañas no quiere decir lo mismo que no tener agallas y eso es lo que significa: "it had no guts". Del mismo modo, no tener espina dorsal es una mala traducción de "it was spineless", que quiere decir: era pusilánime, no tenía fibra. Los ejemplos podrían multiplicarse y extenderse hasta el título mismo de la obra. Hubiera sido mejor llamarla: *El sueño norteamericano*.

Pero aún con estas serias reservas el programa doble de El Galpón tiene su interés. Es un paso más de una institución que se encuentra en un período de búsquedas y expansiones. Mientras el primer elenco prepara otras obras, algunos actores fogueados y la escuela ofrecen este espectáculo en que también se estrenan nuevos directores. Hasta otros conjuntos llega también la expansión de El Galpón: en Teatro Circular están actuando Raúl Bogliaccini (como director) y Adela Gleiger (como actriz); en Club de Teatro prepara actualmente Atahualpa del Cioppo una versión de un clásico ruso. La expansión es señal de crecimiento aunque también puede ser síntoma de la crisis de otros grupos. Pero asimismo es señal de una inquietud. Corresponde, sin embargo, advertir uno de los peligros ya visibles la anterior temporada y más claro en ésta: al expandirse, El Galpón arriesga abarcar demasiado y apretar poco. Este doble programa, confiado al elenco principal, hubiera sido mejor. — E. R. M.